

## CAPITULO LXIV.

Continuacion del anterior.--Resultados del asesinato de Enrique III.--Abandonan á Enrique de Navarra los católicos.--Le reconocen por rey los calvinistas.--Se retira á Normandía.--Regocijos en París.--Proclaman por rey al cardenal de Borbon, que toma el nombre de Carlos X.--Preparativos de guerra.--Reconcentra sus fuerzas el de Navarra.--Sale de París en busca suya el duque de Mayena.--Combate en Arques.--Se retiran los liguistas.--Se apodera y saquea Enrique de Navarra los arrabales de París.--Se retira segunda vez á Normandía.--Vuelve á este pais el duque de Mayena.--Batalla de Ivry ganada por Enrique.--Derrota completa de Mayena.--Negociaciones infructuosas.--Sigue la guerra.--Bloqueo de París por Enrique de Navarra.--Entusiasmo de la poblacion.--Apuros que padece por el hambre.--Incertidumbre de Enrique de Navarra.--Saben los de París la aproximacion del duque de Parma, que viene de Flandes en su auxilio.

1589—1590.

A la muerte de Enrique III, último vástago varon de la casa de Valois, pasaba la corona de Francia en virtud de la ley sálica á Enrique de Navarra, hijo y heredero de Antonio de Borbon Vendome, primer príncipe de la sangre. Eran pues incontestables sus derechos á los ojos de la ley; mas los liguistas y Felipe II miraban las cosas de distinto modo. ¿Se reconoceria por rey cristianísimo de Francia á un hugonote, á un herege relapso, á un enemigo de la Iglesia? Despues de tantos sacrificios, de tanta agitacion por restablecer el catolicismo en todo su esplendor, por purgar al suelo de la infeccion de la heregia, ¿se la pondria ahora sobre el trono? ¿Despues de haber destituido á Enrique III por sus sentimientos sospechosos, acatarian como su sucesor á un calvinista declarado? Tales debian de ser y tales fueron los sentimientos y la lógica de los católicos ardientes. Si no era

tan vivo el entusiasmo de los moderados, de los que seguian las banderas del rey, se mostraron remisos unos y contrarios abiertamente otros á reconocer como su sucesor á un príncipe enemigo de su religion y excomulgado por la Iglesia. Asi los dos campos que por interés de política y de defensa mútua se habian unido en Tours y venido juntos á las inmediaciones de París, se volvieron á separar despues que el puñal de un asesino dejó á la Francia sin monarca. Quedó Enrique de Navarra solo con sus tropas calvinistas, que le saludaron como á rey, mientras los principales señores y jefes del ejército real se dirigian por separado hácia las provincias donde tenian cada uno mas partido.

¿Qué haria en semejante aislamiento el nuevo rey de Francia ó el que como su rey se contemplaba? ¿Se apresuraria á abjurar el calvinismo por segunda vez, desacreditándose de este modo con los suyos? ¿Se mantendria fiel á sus doctrinas continuando alzada la barrera que de la gran generalidad le separaba? A este último partido se atuvo por entonces como mas en consonancia con las leyes de su honor, lisonjeando de vencer con su conducta y con sus manifestaciones la repugnancia de los menos decididos, ya que no pudiese desarmar los odios tan altamente pronunciados. Expidió decretos de tolerancia religiosa, prometiendo respetar en todo las conciencias, y una igualdad de derechos políticos para los sectarios de ambos cultos; entabló negociaciones con los principales personajes disidentes; trató de sembrar odios y atizar resentimientos contra los príncipes de Lorena y los jefes mas ardientes de la liga; mas nada por entonces tuvo efecto. Bien pronto vió Enrique la necesidad de encomendar sus derechos á la suerte de las armas. Una nueva guerra se iba á encender de secta, de doctrina, de política. Iba á pertenecer la corona de Francia á los mas fuertes y los mas sagaces. De esta cualidad no carecia sin duda el de Navarra, mas sus fuerzas eran pocas, reducido á sus correigionarios. Se vió pues obligado á levantar

el sitio de París, y aun hubiese tenido que pasar el Loira y abrigarse en las montañas de su pais nativo, si su hábil política no le hubiese proporcionado el apoyo de la reina inglesa, con quien estaba unido por los vínculos de la religion, y por los del odio que profesaban los dos al rey de España. Para estar mas á mano de recibir los socorros de Isabel, tomó con una parte de sus tropas la direccion de Normandía, mientras se encaminaba un cuerpo á Picardía para observar á los españoles, y un tercero á Champaña con objeto de facilitar la entrada de los reitres alemanes.

Se entregaba París mientras tanto á los arrebatos de una frenética alegría. Estaba ya libre de enemigos, y en el sepulcro el rey que tantos temores y odios excitaba. Solo con la indignacion producida por el asesinato de Enrique de Lorena se podia comparar el entusiasmo que encendió la noticia de haber caido Enrique de Valois bajo el puñal de un asesino. Ya no existe el rey Herodes, el perjuro, el enemigo de Dios, el que ocultaba tantos vicios con el manto de la hipocresía. Se habia librado la Iglesia de su azote; se habia consumado el triunfo del catolicismo. ¿Y á quién se debia tal victoria? ¿Qué brazo generoso se habia alzado para la expiacion de tantos crímenes? ¿Quién habia volado á recibir la palma del martirio para librar á París de su tirano? El nombre de Jacobo Clemente corria de lengua en lengua entre la muchedumbre ciega de furor y fanatismo; en todos los púlpitos resonaban los elogios del valeroso mártir; nunca se habia decretado un apoteosis con aplauso mas unánime. Cien relatos, cien canciones en todos estilos circulaban relativas al asunto; en infinitas estampas se reproducia la hazaña de Jacobo Clemente asesinando al rey, y la profunda humildad con que se entregó despues al acero de sus vengadores. El ayuntamiento, la Sorbona, el Parlamento y sobre todo los Diez y seis rivalizaban en demostraciones de alegría en arengar al pueblo congratulándose con su entusiasmo.

En cuanto al rey de España, no son dificiles de ima-

ginar los sentimientos que excitó en él un acontecimiento tan inesperado. Uno de los principales de la liga en su abierta desobediencia á Enrique de Valois, tan interesado como los mismos Guisas en su final destronamiento, tan irritado y receloso como el liguista mas fanático por su alianza con Enrique de Navarra, debió de ver en la tragedia de Saint-Cloud el dedo de la mano de Dios, y en la persona de Jacobo Clemente un instrumento de su justicia y su venganza. Sus instrucciones al embajador en aquella corte, don Bernardino de Mendoza, manifiestan bien con cuánto interés se ocupaba en aquellos acontecimientos. La correspondencia que antes habia seguido con el difunto Guisa bajo el nombre de Mucio la llevaba ahora con el duque de Mayena bajo el de Jacobo. El mismo interés se advierte en ella de proteger con todos sus esfuerzos los de la santa liga, de purgar al suelo francés del calvinismo, de que se declarase indigno de suceder á la corona de Francia Enrique de Navarra. El asesinato de Enrique de Francia ponía la cuestion mas clara, removía mil obstáculos, sobre todo el gran inconveniente de estar en abierta rebeldía con un rey coronado y consagrado. Aunque destituido, conservaba todavia el nombre de rey, un gran prestigio y sobre todo no se hallaba reemplazado.

Al reemplazo pronto de Enrique III debió de aplicarse desde luego la política del rey de España. De sus deseos participaban el Consejo de la Union, el Parlamento y la municipalidad, mientras los Diez y seis y la Sorbona se inclinaban á la prolongacion del interregno. Era tanto mas temible esta situacion, cuanto Enrique de Navarra podia convertirse en el momento menos pensado á la religion católica y dejar burlados á sus enemigos, ó crear á lo menos grandes confusiones. Y tan en esta idea estaba Felipe II, que encargaba frecuentemente en sus cartas no hiciesen caso, si se llegaba á realizar la conversion de un hereje relapso, en cuya religion solo intereses humanos influian.

A vivir entonces el duque de Guisa, tal vez se hubiese alzado en el escudo á su persona, con arreglo á la falsa genealogía que le habian dado sus adictos, haciéndole descender de Carlo-Magno. El heredero de este príncipe era un niño, y además se hallaba cautivo en poder del de Navarra. El duque de Mayena no tenia derechos que alegar, ni tampoco era su persona tan ídolo, como la del otro, de la muchedumbre. Se abstuvo por entonces Felipe II de alegar los suyos en nombre de la infanta Clara Eugenia, hija de Isabel de Valois, hermana del difunto Enrique; pues además de los obstáculos de la ley sálica, le convenia disimular, ó tal vez no estaban todavía sus planes bien maduros. Por entonces influir en los destinos del pais y arrojar de su suelo á los herejes eran los principales móviles de su conducta. Para conseguirlo en aquella coyuntura, aprobó la idea que ocurrió al Consejo de la Union de nombrar por rey al cardenal Carlos de Borbon, tio de Enrique de Navarra, hombre pacífico, manejable, y muy entrado en años. Con esto se respetaban los derechos de la casa de Borbon, llamada por la ley á la sucesion de la corona, y aunque se nombraba al menor en perjuicio de Enrique de Navarra, jefe en la actualidad de la familia, habia que achacar la irregularidad ó infraccion á que era este príncipe enemigo de la Iglesia, indigno de la denominacion de Cristianísimo, título de que tanto los reyes de Francia se preciaban. Por otra parte ofrecia el nombramiento del cardenal la gran ventaja de que no teniendo hijos aplazaba la gran cuestion política de la definitiva sucesion de la corona.

Fué proclamado y reconocido por la santa liga el cardenal de Borbon por rey de Francia, cautivo á la sazón en manos de Enrique de Navarra, despues de haberlo estado en las del último monarca. Por esta circunstancia y otras personales, no podia ser el cardenal mas que un fantasma de monarca, aunque todos los actos del poder llevaban el sello de su nombre; fué reconocido

Cárlos X por Felipe II, por el Pontífice, por todos los príncipes católicos á la santa liga, mas no era precisamente un rey y sobre todo un rey nominal que necesitaba tan vasta asociacion. Era preciso vencer á Enrique de Navarra, quien en nada pensaba menos que en renunciar al título de rey de Francia, que sin titubear á la muerte del último Valois habia tomado.

En grandes apuros se encontraba este otro fantasma de monarca; pues tal se podia llamar por las pocas fuerzas de que disponia, por sus menos medios de pagarlas, y por los poquitos franceses que reconocian sus derechos. Convencido de la necesidad de conquistar su herencia con la punta de la espada, buscó aliados, entabló negociaciones y desplegó tan grande habilidad en diplomacia, como valor en los campos del combate. La reina de Inglaterra, siempre propensa á tender al protestantismo una mano protectora, á crear disgustos y obstáculos al rey de España, alistó un cuerpo de cuatro mil hombres, y le hizo embarcarse para las costas de Normandia, con un subsidio pecuniario de veinte mil libras esterlinas, socorro á la sazón no despreciable. Por mediacion de la reina inglesa negociaba Enrique en las córtes de Alemania. Los príncipes luteranos del imperio, aunque entonces muy necesitados, enviaron algunos auxilios, y ofrecieron mas para en adelante, siendo esta alianza de secta, reciprocidad de sentimientos, é identidad de intereses lo que hacia mas al caso á un príncipe tan necesitado. Tambien se le mostró amiga y aliada la república de Venecia, disgustada á la sazón con el rey de España y el Pontífice, y á la que agradaba se suscitasen enemigos á vecinos tan incómodos. Con Enrique III se habia mantenido en los términos de la mejor inteligencia; cuando á su muerte solicitó el de Navarra de la república la renovacion de dicha alianza, no tuvo reparo en enviar un embajador al nuevo rey, felicitándole por su subida al trono. Iguales sentimientos de amistad le manifestó el sultan Amurates, por

medio de una carta muy expresiva, en que mostraba interés por la victoria de su causa, con la oferta de que le enviaria gente y buque á Marsella si fuese necesario. Se engrosó algun tanto Enrique con los cuatro mil ingleses. Sabedor de que el duque de Mayena se movia de París en busca suya, hizo que se le reuniesen los dos cuerpos que tenia en Picardia y en Champagne, á las órdenes el primero del duque de Longueville y del de Aumont el segundo. Luego que tuvo lugar la reunion, se preparó á recibir al general de la liga, tomada posicion junto al pueblo de Arques, en un campo atrincherado, y defendido por suficiente artillería.

Salió en efecto el duque de Mayena de París á la cabeza de catorce mil de á pie y tres mil caballos, toda gente de la liga, y de los señores mas adictos á sus intereses. Los que habian permanecido fieles á Enrique III despues de su ruptura con esta asociacion, se habian retirado á sus provincias y parecian no tomar parte á lo menos por entonces en aquella nueva lucha. Asi estaba empeñada verdaderamente entre el catolicismo ardiente y el hugonotismo; entre Roma y Ginebra. Debía, pues, de ser este choque impetuoso y duro, como entre creencias que se odiaban, que mutuamente se excluian.

Viéndose Mayena superior en fuerza, procedió desde luego al ataque del campo atrincherado de los de Bearne; mas no fué dichoso, hallándose el enemigo tan bien pertrechado de cañones. Fué repelido en todos los ataques con notable pérdida, y una vez que pudo penetrar dentro del campo, se vió precisado á abandonarle; tal fue el ímpetu con que por todas partes fué cargado. La victoria se declaró por el campo calvinista, y Mayena se retiró, sin duda algo confuso y cuidadoso con este mal principio de campaña.

Era esta victoria de Arques un presagio muy feliz para el partido calvinista. No podia menos de darle gran fuerza moral un choque en que la superioridad del

número estaba tan á favor de los contrarios. Conservaban los veteranos de Enrique de Navarra su gran reputacion de valentia. No carecian de esta cualidad sus enemigos; mas no tenian su experiencia en los combates, y sobre todo la gran disciplina á que estaban tan acostumbrados. Eran hombres de hierro, hechos á todas privaciones, familiarizados con todos los peligros. Por esta gran diversidad entre ambos campos, por la superioridad de número del católico, por las ventajas que en pompa y lujo militar llevaba éste á su enemigo, se acostumbraba en todas estas guerras á comparar el de los calvinistas con el de Alejandro, el de los católicos con el de Darío.

Se retiró el duque de Mayena hácia Picardia con objeto de recoger en sus filas los socorros que aguardaba del duque de Parma. Mientras tanto se reunian con Enrique un nuevo refuerzo de ingleses que le enviaba Isabel, y además muchos aventureros que venian en busca de su antiguo pendon desde las montañas del mediodia. Mas con el aumento de soldados crecian tambien los apuros para mantenerlos. Las veinte mil libras de la reina de Inglaterra se iban consumiendo poco á poco. Era Enrique para el alto punto que ocupaba, y los empeños en que se ponía, sumamente pobre: ninguno de sus partidarios era rico, y en aquellos apuros no hubo para él otro recurso que aprovecharse de la ausencia del duque de Mayena, cayendo de repente sobre la capital, contando con cogerla desapercebida.

París no lo estaba, aunque sin preveer por entonces este movimiento de Enrique de Navarra. La municipalidad, los cuartenarios, el gobernador duque de Aumale, desplegaron su actividad y vigilancia acostumbradas; se doblaron las guardias de las puertas; se prepararon las cadenas para tenderlas por las calles. Se tomaron todas las medidas para sostener un sitio; mas esta operacion no entraba por entonces en los cálculos de Enrique, cuyo ánimo era solo apoderarse temporalmente de los

arrabales. Por muchas precauciones de defensa que tomaron los liguistas, no pudieron impedir que los reales se apoderasen del barrio de Santiago y otros de la orilla izquierda que saquearon. Prohibió Enrique bajo las penas mas rigorosas que se entrase en las iglesias, y las despojases de la menor cosa; tal era su ansiedad por no ofender en la parte mas sensible á los católicos. Despues de hacerse con un botin considerable que remedió las necesidades de su ejército, se retiró tranquilamente y sin ser molestado de Paris, donde volvió á entrar muy pronto el duque de Mayena.

Se concluyó aquel año 1589, sin mas hechos militares, no porque faltasen deseos y energía para hacer la guerra, sino por el tiempo indispensable que los preparativos absorbían. Tambien Mayena se hallaba exhausto de recursos. Se le habian remitido de Flandes mil y cien lanzas á las órdenes del conde de Egmont, con algunos socorros pecuniarios que no cubrian las necesidades de la liga. Tendia siempre el rey de España su mano protectora, mas los liguistas se quejaban de que no correspondian las dádivas á sus empeños, mientras Felipe II preguntaba por su parte en qué se invertian tantas sumas como enviaba.

Salió el duque de Mayena de Paris, á principios de 1590, con direccion á Normandía, donde se hallaba Enrique sitiando la plaza de Dreux, bastante fuerte en aquel tiempo. Era la intencion del general de la liga hacer levantar el sitio; y como su rival no pensaba en aguardarle, salió á su encuentro, situándose en Ivry, á dos leguas de la plaza. Llegó pronto el de Mayena, y los dos campos se prepararon para una batalla. Constaba el ejército de la liga de diez mil infantes y cuatro mil caballos: era bastante inferior en número el de Enrique. Se desplegaron las dos líneas: la batalla comenzó con el fuego de la artillería del rey que hizo bastante daño en las filas de la caballería valona, formada á la derecha de la línea de Mayena. Avanzó esta con objeto

de apagar sus fuegos. Mas habiendo acudido los caballos de la ala izquierda de la línea de Enrique, no pudieron los flamencos resistir al choque de aquellos veteranos endurecidos con la fatiga, capitaneados por el príncipe en persona. Con este mal principio de batalla hizo avanzar el general liguista las tropas alistadas por la municipalidad de Paris, cuya esperiencia de la guerra no correspondia sin duda á su arrojo y entusiasmo. Tambien cejaron ante las picas y arcabuces de las tropas reales. Quedaba por último recurso al de Mayena la infantería en número de tres mil suizos que formaban el cuerpo de reserva; mas estos mercenarios á quienes se les debian muchas pagas, permanecieron inmóviles formando un cuadro con arcabuceros en los ángulos, sin hacer caso de las órdenes, amenazas, exhortaciones y ruegos del duque para que le sacasen de aquel gran conflicto. Cuando avanzó el ejército de Enrique ya vencedor, se pasaron todos al campo del rey, consumándose así la derrota de los de la liga. Fué muy grande su pérdida en gente y material. La retirada se hizo en el mayor desorden. Los de Enrique los persiguieron hasta Mantes, donde se rehicieron, temiendo desordenarse á seguir mas lejos el alcance. Se condujeron las tropas del rey (pues ya con este titulo le designaremos) como cumplia á quienes tenían que corresponder á su gran reputacion, y los cuatro mil ingleses, mandados por el lord Willoughby, como hombres deseosos de manifestar la importancia de su auxilio. Se mostró mas valiente que nunca el rey Enrique, haciendo ver su profunda conviccion de que solo en los campos de batalla haria legitimos los derechos que habia debido al nacimiento. Naturalmente atrevido y arrojado, se le vió en aquel dia en los puntos del mayor peligro, cargando á la caballería valona al frente de sus valientes veteranos. No era gran capitán, mas suplía muchas veces con golpes de audacia las faltas del saber, y se empeñaba en temeridades felices, que equivalen á las combinaciones mas sábiamente pre-

paradas. Por otra parte no era él en su campo quien trazaba el plan de las batallas. A capitanes mas entendidos, y sobre todo al mariscal de Biron, encomendaba este cuidado, mientras él se aplicaba á pelear, á reunir en derredor de su penacho blanco á los que con entusiasmo le seguian, y con ojos tan inquietos buscaban esta bandera en lo mas récio del combate.

Dió la victoria de Ivry á Enrique una fuerza moral, una reputacion, un ascendiente que fijó su destino y casi resolvió el problema de su sucesion al trono disputado. La accion de Arques no habia sido mas que un ensayo feliz, pues el duque de Mayena, aunque llevando lo peor, se retiró sin haber sido destrozado. En Ivry lo fué completamente en campo raso, y perseguido por espacio de doce leguas sin tregua ni descanso, con la mortificacion ademas de dejar en poder del enemigo un cuerpo intacto que consumó su desercion cuando con sus esfuerzos mas contaba. No tenia el duque de Mayena la reputacion ni el prestigio de su difunto hermano. Hombre lento, sobrado metódico, grueso, pesado en su persona, no era para rivalizar con Enrique de Navarra. En su parcialidad, gozaba la reputacion de moderado, que no era un título de popularidad con los liguistas mas ardientes. Por otra parte, dependiente en sus operaciones como capitan del Consejo de la Union de la municipalidad de París, de los Diez y seis, que en todos los negocios se mezclaban, tenia muchas desventajas con respecto al rey, que de nadie dependia.

Abrió la batalla de Ivry nuevo campo de negociaciones á los moderados del partido católico, que si bien no querian un rey calvinista, se mostraban contrarios á las pretensiones de los jefes ardientes de la liga, del rey de España, y de los Guisas. En este partido medio entraban los mismos conocidos antes con el nombre de políticos, y cuantos se habian adherido á la causa de Enrique III cuando su destitucion por los jefes de la liga. Ardientes partidarios de la ley salica, les repugnaba verla

infringida á favor del rey de España, muy poco popular con todos los partidos, ni aun de la casa de los Guisas, á cuyas pretensiones, como descendientes de Carlo-Magno, no se podia atender, sino dando por usurpadores é ilegítimos todos los monarcas de la casa de Capeto. Era legítimo rey de Francia Enrique de Navarra en virtud de la ley sálica, sin que hubiese otro obstáculo que el de su religion para ser reconocido. ¿Era insuperable dicho obstáculo? ¿No se cortaba el nudo de la dificultad con la vuelta de Enrique al seno de la Iglesia? A la obra de esta conversion se dirigieron pues las negociaciones, los pasos, y toda la política del partido medio. Participaba sin duda de las mismas opiniones Enrique, hombre sagaz, que conocia el estado de las cosas, y probablemente recordaba las palabras que Enrique III le habia dicho á la hora de su muerte. Su conducta anterior y la que observó despues en materias religiosas indica bien lo poco pegado que estaba á estas doctrinas y que no habia nacido para mártir. Mas á la sazón tenia demasiados compromisos con los calvinistas, que tan fiel y denodadamente le servian; se hallaba demasiado unido con la reina inglesa, tan propensa siempre á tenderle una mano protectora; se habia manifestado en fin demasiado francamente acerca de sus dogmas religiosos, para que tan pronto pudiera desdecirse sin mengua de su honor, sin esponerse á perder la gracia de los calvinistas, y hasta caer en descrédito con los católicos. Así las primeras negociaciones para obtener esta conversion fueron infructuosas, aunque Enrique usaba siempre el lenguaje de un hombre deseoso de abrazar la verdad, y abjurar errores, inmediatamente que le convenciesen de que caminaba errado. No era, sin duda, esto cerrar la puerta á la esperanza.

Por otra parte los católicos ardientes, los grandes agitadores de la santa liga, al saber las tendencias del partido medio y los pasos que daban para arrancarles la presa de las manos, se entregaron á nuevos arrebatos de intolerancia y fanatismo. Cuantas injurias y denu-